

EL MUNDO

Sábado, 18 de septiembre de 2004. Año XV. Número: 5.397.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

La forja de la masculinidad y los malos tratos

SHERE HITE

De niños, la mayoría de los chicos se sienten especialmente unidos a sus madres, y a menudo prefieren estar con ellas que con sus padres. Y, según mis investigaciones, al acercarse a la pubertad muchos de ellos se sienten terriblemente confundidos cuando la presión de la cultura les dice que deben rechazar a su madre: «No sigas pegado a las faldas de tu madre», «No seas mariquita», «Sal de la cocina y ve con los demás niños», «No andes siempre con tu hermana» y cosas por el estilo. Se espera que los chicos demuestren su nueva identidad de tipos duros distanciándose de sus madres, especialmente delante de sus amigos, sus padres y sus hermanos.

Siempre se ha pensado que el cambio de comportamiento que muestran los chicos en torno a la pubertad se debe a las hormonas. La gente se toma a broma el dolor que causan estas burlas. «¡Ah, así son los chicos! A esa edad se ponen bravucones por las hormonas». Sin embargo, cuando en el curso de mis investigaciones empezaron a emerger historias tristes de chicos me di cuenta de su importancia. Los chicos descubren que deben elegir: para entrar en el mundo de los hombres, para que los respeten y ellos encuentren su lugar en el mundo, deben dejar a un lado lo que se considera comportamientos femeninos, emotivos, infantiles. Y, de hecho, a menudo dan pruebas de este cambio, tomando partido por los hombres, «contestándole mal a la madre» y cosas parecidas.

Son ritos de iniciación cultural, tan primitivos (o aún más) como los de cualquier tribu de Africa, que cambian el curso de la vida de los hombres. La sociedad ha creado estos ritos porque quiere orientar el comportamiento de los hombres en cierta dirección, facilitando así el sistema social. De no imponerse a los niños sus valores masculinos a edad temprana, probablemente se desarrollarían de una manera menos exagerada, más pacíficamente, y ellos se sentirían más a gusto.

La cultura pretende que los niños cambien sus alianzas y su identidad en la pubertad. Esta ruptura con la madre somete a los niños a un intenso estrés mental y emocional, que dura un promedio de un año, según mis investigaciones. La mayoría se sienten culpables: sienten que están siendo desleales con una persona que quieren y que los quiere, pero que no tienen otra alternativa. Otros, en una inversión de la lógica psicológica que resulta familiar, llegan a sentir que sus madres los han abandonado, y piensan cosas como: «No se puede confiar en las mujeres».

Es decir, los niños quedan afectados a una edad temprana por este cambio traumático que la sociedad no se toma en serio, o que, según muchos psicólogos freudianos o posfreudianos, es hormonal y natural. Pero, en realidad, los propios niños me han dicho que son más bien las burlas de sus compañeros de colegio y sus padres lo que los lleva a cambiar su comportamiento. También he descubierto que los chicos se sienten desilusionados cuando descubren que el poder de sus madres no puede ayudarles mucho en su integración en el mundo de los adultos, y que no tienen otra alternativa que abandonarlas.

Esta deserción de la madre deja cicatrices emocionales en la mayoría de los chicos. Muchos, que se sienten culpables por haber traicionado a sus madres, descubren que este sentimiento de culpa ensombrece sus relaciones con las mujeres cuando llegan a adultos. Pueden sentirse irritados por lo que perciben como exigencias tácitas de las mujeres, pero en realidad son los propios recuerdos de la pena de su madre. O bien el amor de una mujer hace que salgan a la superficie sentimientos reprimidos de culpa y de miedo (que pueden proyectarse con facilidad sobre la mujer mala que los está provocando o seduciendo), creando así las condiciones para que él albergue la idea de que el amor siempre acaba en ruptura, y busque obsesivamente algún motivo por el que deben abandonar a la mujer.

Muchas mujeres, cuando son adultas, se quedan asombradas del comportamiento imprevisible de los hombres en las relaciones amorosas, pues observan que al principio se muestran apasionados, pero luego fríos y bloqueados, o incluso hostiles o violentos. Los hombres tienen sentimientos extremadamente complejos de aceptación y de rechazo cuando están enamorados. En mis investigaciones, he descubierto que la mayoría de los hombres no se sienten cómodos al estar enamorados; de hecho, la mayor parte de ellos no se casan con la mujer a la que aman apasionadamente, pues les resulta desestabilizador. Y además creen que tomaron la decisión acertada. Los hombres se sienten orgullosos de poder controlar sus sentimientos. La razón de esto, supongo, se remonta a lo que aprendieron cuando eran pequeños con la

primera mujer importante de su vida: el amor no puede durar, está mal seguir tan unido a ella, hay que aprender a marcharse y a ser frío.

Curiosamente, en hogares donde no hay dos padres, donde los chicos crecen únicamente en compañía de la madre, hay bastantes menos probabilidades de que los niños experimenten el trauma emocional de esta separación, y más de que de adultos desarrollen una relación estable e igualitaria con las mujeres.

Esta dinámica psicológica también puede estar presente en las culturas patriarcales que abren una brecha entre los hombres y las mujeres. La escritora árabe Fatima Mernissi apunta en *Más allá del velo* a un fenómeno similar entre los hombres musulmanes, y dice que para ellos sentir un amor muy grande hacia una mujer interfiere en su deber hacia Alá, símbolo de los hombres y del sistema masculino.

Esta confusión de emociones no sólo interviene en la manera en que muchos hombres ven a las mujeres, sino también en sus impulsos sexuales. La vida sexual temprana de la mayoría de los chicos está subliminalmente asociada con sentimientos hacia la madre. Es la mujer con la que han mantenido una relación más íntima: ella los ha besado, ha visto su cuerpo, los ha abrazado, conoce sus hábitos en el cuarto de baño. Sin embargo, todo esto cambia en la pubertad. El distanciamiento de sus madres, que se produce a la misma edad a la que los chicos sienten el comienzo de intensos impulsos sexuales, da lugar a que desarrollen una sexualidad y un erotismo de amor y odio, una sexualidad vinculada con sentimientos de culpa y de rabia.

Este comportamiento se ve reforzado porque muchas madres, en un intento de mantener la intimidad, siguen acercándose a sus hijos para brindarles más amor y comprensión mientras éstos se ponen más hostiles y difíciles. Muchos hombres llegan a creer que a las mujeres les encanta el dolor, ya que la madre que pretende seguir cuidándolos está humillándose. Lamentablemente, esto se convierte en una especie de equipaje que los hombres llevan consigo el resto de la vida.

Después de esto, ¿debería sorprendernos que a los hombres les pueda parecer normal y erótico querer humillar a las mujeres igual que desean besarlas? ¿Esto es amor? Sí y no. Los hombres están en un apuro: la mayoría no ve el patriarcado como una cadena, como una cerca que los rodea, sino que cree que les otorga derechos y privilegios.

Aunque la sociedad considera estas actitudes masculinas parte de la naturaleza humana, mi teoría, si es válida, concluye lo contrario: que son parte de una ideología que la sociedad impone a los niños, especialmente en la pubertad,

presionándolos para que expresen desprecio hacia sus madres y «las cuestiones femeninas», justo cuando comienzan a mostrar interés sexual hacia las mujeres. Estos dos mensajes se fusionan, y el comportamiento que resulta de ello se convierte en un lugar común que llamamos naturaleza humana.

Hoy, muchos hombres parecen orientarse hacia la familia tradicional, donde la mujer se queda en la casa cuidando a los niños, pues entienden que es la «sociedad ideal». Sin embargo, ésta no es la solución para poner fin a la creciente oleada de valores contra la familia ni a la cultura pornográfica que nos rodea. Proteger la familia tal como la conocemos no significa hacer que el mundo garantice los valores del amor. Más bien significa mantener la jerarquía tradicional, que insiste en que los chicos cambien sus alianzas en la pubertad para abandonar a la madre y tomar partido por el padre. Todo ello nos conducirá a un mayor debilitamiento del tejido social. Los hombres, al sentirse infelices y desvinculados, seguirán poniéndose agresivos, y las mujeres, al sentirse frustradas por no lograr que el amor funcione, cayendo en la frialdad.

En resumen, la separación de la madre somete a los niños a un estrés mental y emocional grave. En muchos se establece un patrón que les hace creer toda la vida que el amor no puede durar, que no se puede contar con él. La mayoría de los niños se sienten culpables de adoptar este tipo de comportamiento; sienten que están siendo desleales con una persona a la que aman y que los ama, pero que no pueden hacer otra cosa. Otros, en una inversión de la lógica psicológica que resulta familiar, llegan a sentir que sus madres los han abandonado. Y así se hacen a la idea de que no se puede confiar en las mujeres. Otros se pasan la vida convencidos de que las emociones fuertes y las pasiones causan sufrimientos terribles y que deben evitarse.

Esta confusión se extiende a los impulsos sexuales de muchos hombres. En la pubertad, muchos aprenden a mezclar el sexo con la violencia. La separación de sus madres al tiempo que experimentan el comienzo de fuertes impulsos sexuales da lugar a una peculiar reacción de amor- odio en relación con las mujeres: una sexualidad vinculada a sentimientos de culpa y angustia. Muchos aprenden a relacionar el erotismo con la agresión a las mujeres. Y cuando las madres, incluso mientras sufren el rechazo y las burlas, siguen acudiendo a sus hijos y ofreciéndoles más amor y comprensión, los chicos se hacen más hostiles y difíciles, y así este comportamiento queda reforzado. Los chicos ven en las continuas atenciones de la madre su propia humillación, lo que afecta la forma en que aprenden a definir el amor de las mujeres.

En esa línea, demasiados niños construyen su sexualidad combinando el deseo con el desprecio. Mostrar deseo es mostrar desprecio; todo es parte de lo

mismo. Así era con sus madres, debían amarlas y desearlas al tiempo que tenían que distanciarse de ellas y faltarles al respeto. Por eso, las relaciones físicas y emocionales de los hombres con las mujeres contienen elementos de deseo y repulsión. A un hombre le puede parecer normal y erótico querer humillar a una mujer y al mismo tiempo desear besarla.

La identidad sexual de los hombres puede distorsionarse tan peligrosamente que, al amar y odiar a la madre (y por extensión, a todas las mujeres), es posible que consideren perfectamente justificado, al verse desafiados sexualmente, estallar en ataques psicológicos o físicos. Les puede parecer correcto combinar un deseo sexual intenso, incluso el amor, con el dolor y la agresión, la dominación y la humillación.

Estas actitudes forman parte de una ideología que la sociedad impone reiteradamente a los chicos, especialmente en la pubertad. La presión sobre los chicos para que expresen desdén y desprecio hacia sus madres, al tiempo que se sienten presionados a mostrar interés sexual por las mujeres son mensajes que les atascan la cabeza y les provocan un cortocircuito o trauma cuando ambos se fusionan para siempre. El bloque queda tan encajado en las estructuras mentales que dejamos de verlo. Obviamente, los hombres se enamoran de las mujeres; no obstante, siguen adoptando posturas masculinas ante el amor, y a menudo ocultan sus verdaderos sentimientos: para ellos es más importante ser uno de los chicos que disfrutar el estar enamorado.

El regreso al tradicionalismo que se ha extendido recientemente es sólo un síntoma del desequilibrio general que muchos hombres están experimentando en su interior. Sin embargo, este dilema no puede resolverse apelando a los valores familiares tradicionales, pues es ahí precisamente donde se perpetúa este síndrome. La verdadera solución al maltrato es un cambio en los códigos masculinos, en el sistema de valores que la sociedad ofrece a los niños.

Prohibir que se obligue a los niños a ridiculizar a las mujeres y ridiculizarse entre ellos por ser mariquitas, y evitar que ello suponga una especie de impedimento a la hora de integrarse en la pandilla del colegio o en el grupo de los compañeros de trabajo, contribuiría mucho a reducir la violencia en el mundo.

Shere Hite es autora de diversos estudios sobre sexualidad y preside la Asociación para el Avance de la Mujer.

s.hite@hite-research.com